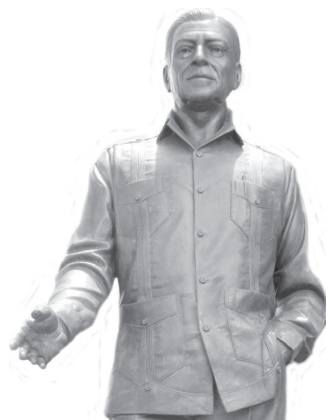




**El pan
nuestro de
cada día**

(6 de junio de 1954)

PLAZA CULTURAL DE
DIARIO DE COLIMA

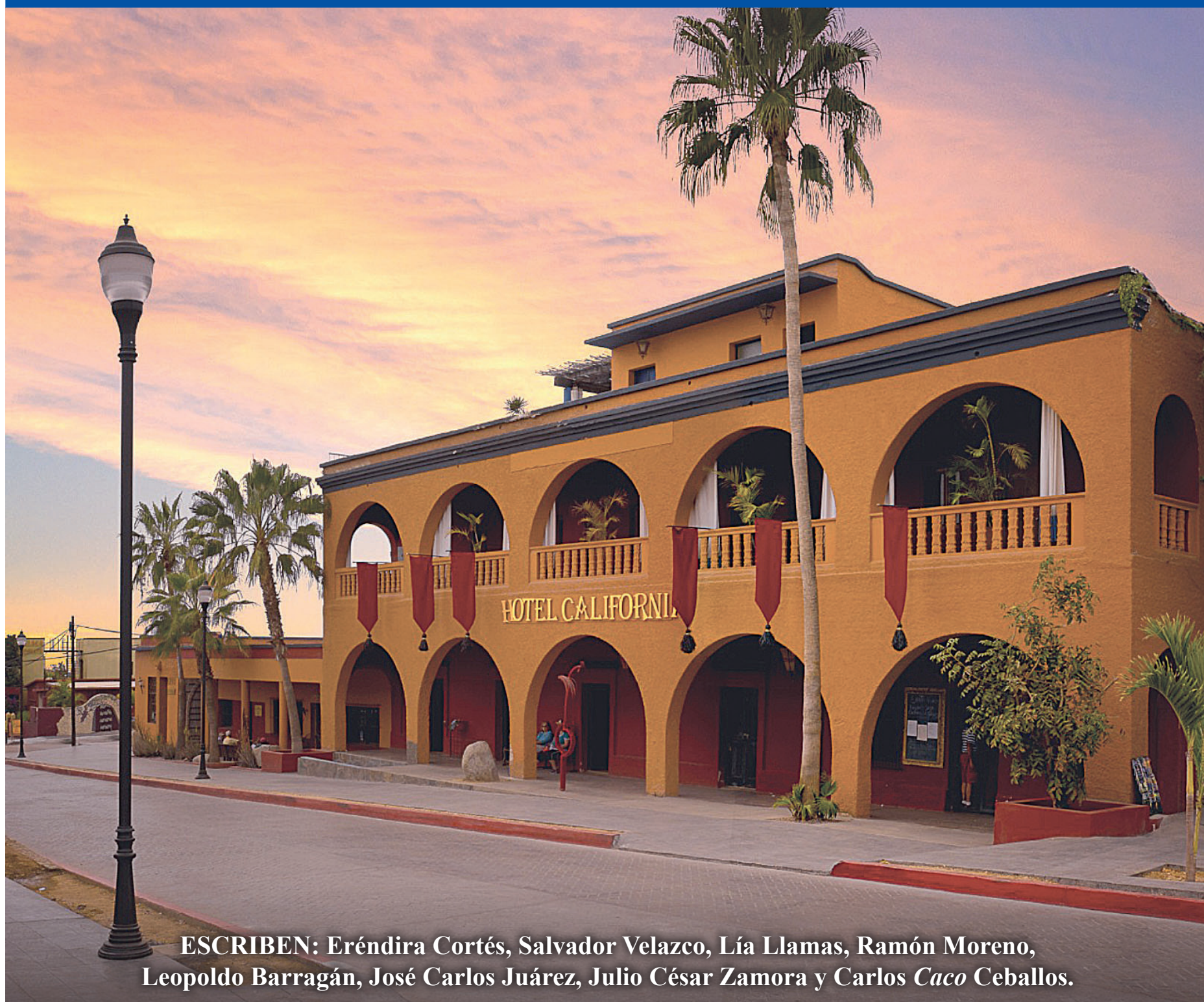


Ágora

VIÑETAS DE LA PROVINCIA ► 4

2572

DOMINGO 15 DE DICIEMBRE DE 2019



ESCRIBEN: Eréndira Cortés, Salvador Velazco, Lía Llamas, Ramón Moreno,
Leopoldo Barragán, José Carlos Juárez, Julio César Zamora y Carlos *Caco* Ceballos.



Hasta los tímpanos

Viento sin causa

Eréndira Cortés

*And late in a star's life
It begins to explode*

D. A.

A bro los ojos y el astro de astros no se ha dignado en presentarse. Asomo a la ventana, una briza muy sutil opaca las calles. Miro el reloj, es tarde. Surco a toda prisa Las Heras, Necochea, Sarmiento, Mitre, y me voy acercando a ese querido vértice entre Castellanos y Lavalle, un lugar donde se experimenta con el cuerpo.

Concentrada, pero sin perder la sonrisa, Fabiana nos adentra al salón. Los altavoces comienzan a vibrar y aquella mujer va despertándonos con música y movimiento. De pronto, una cítara resuena en mi organismo, me tienta los pies, pasa por entre mis piernas, se enreda en mis brazos y me sacude la nuca. Por dentro segrega una dosis mórfica (una mezcla entre morfina y endorfina, natural y en grandes cantidades), como si mi cuerpo hubiera estado sepultado varios siglos bajo tierra —en parte lo ha estado—.

Con esa melodía de fondo, ella nos pide imaginar que un viento invisible nos desplaza, primero como un soplo casi imperceptible que apenas nos sacude y después nos empuja inusitadamente por cada rincón. Tras varios intentos nos va delimitando y ahora ese viento se dirige hacia nuestras caderas, haciéndolas rotar en forma de ocho, avanza por los omóplatos hasta llegar a un brazo y a otro, a una mano y a otra, a los dedos... violenta nuestras extremidades, como si cacheteáramos el vacío detrás de nosotros, y finalmente nos aplasta desde arriba

con delicadeza, fundiéndonos con la tierra.

La clase termina, pero tras experimentar esa serie de pasos que a modo de ritual me han devuelto la vida, me niego a acoplarme al día; sigo fascinada con aquella música de apariencia oriental y con esa coreografía tan linda, tan suave, tan mía, tántrica. Mi inconsciente la deja en *repeat* por un buen rato, incluso al abandonar aquella esquina que es Castellanos y Lavalle.

Cuando llego a la avenida noto que ahora en las calles yace el viento, bordea los semáforos, las bancas, los árboles, las fuentes, y sin darme cuenta me empuja sigiloso por todo el bulevar, hasta que ahí, frente a mí, se deja ver el puente colgante tan imponente, lleno de porte y esplendor. Lo recorro aún con los efectos secundarios de aquella dosis mórfica, pero justo a mitad de camino me detengo porque quiero fotografiar mi alrededor con la mirada, para que nada de aquella mañana se me escape.

Giro mis pupilas en todas direcciones. Las nubes, cada vez más tenues, apenas le permiten al astro de astros colarse por entre sus grietas, y poco a poco proyecta sus destellos en la superficie del agua. Entonces, me atrevo a ver de frente al señor Sol, y así, redondo y perfecto, me sonríe.

Al descender la mirada noto la fluidez del río y pienso que si me tiro al torrente en aquel instante ya nada importa: caería tan *lentamente rápido* o tan *presurosamente lento*, sentiría cada centímetro de mi piel convertirse en un ser acuoso. Yo entrando al agua y ella entrando en mí, impulsándome sin rumbo, sin causa, sin cauce, llevándome por aquella deriva infinita, inerte, inquietante, íntima, inmanente, intuitiva, intensa... Y así sería feliz. Siempre.

Canto al fuego

Lía Llamas

Nos pidieron silencio y se los dimos
encendimos la llama y nos vuelven menos
porque el tamaño exacto del corazón
debería de funcionar igual en ambos sexos

Porque no se trata de cuidar la estética
O la liviandad de la hegemonía cultural
ni de género
sino de la vida que se nos arrebató

Lo que hace frente es esa fuga de indiferencia
esa feroz del cuerpo masculino vs lo femenino
haciendo fiesta al androcentrismo
decorado de misoginia y doble moral
zonas donde lo exhibido más que carne
desnuda
que agrava al macho
debería de darle vergüenza por ser él quien
nos devora
l e n t a m e n t e...

Se exhiben sabios, se inhiben inhumanos...

¿Por qué mantenernos sumisas y abnegadas?

¿cuidando la pose de roles?

¿mantener la contradicción por m i e d o...?

Pero una no puede ser equidistante
cuando este lugar está lleno de cadáveres
de edades oscilatorias
estando en una atmósfera púrpura
de hechos que nos aprehensa

El corazón es ese gran músculo
hecho de sangre
para mostrarnos la fragilidad humana
mostrar la importancia de la vida
que nos afirma estar vivas
en un mundo que extrañamente nos violenta
¡Que nos mata!



A las nueve en punto

Hotel California

Salvador Velazco



En mayo de este año visité Todos Santos, un pueblo mágico fundado por misioneros jesuitas en 1723, el cual está ubicado entre Cabo San Lucas y La Paz. Esta población, que no rebasa los 7 mil habitantes, es un verdadero oasis en medio de la desértica península, donde crecen en abundancia mangos, chiles, aguacates y papayas. Este hermoso lugar, con una temperatura generalmente 10 grados más fresca que la de La Paz o Cabo, cuenta con construcciones de ladrillos rojos, lindas plazas, calles empedradas y tupida vegetación, hoteles boutiques, galerías de arte y tiendas artesanales. El pueblo se ha convertido en un refugio principalmente para estadounidenses, aunque crece cada vez más el sector turístico. Y se explica perfectamente porque Todos Santos tiene algo especial con esas suaves brisas que llegan desde el océano Pacífico haciendo más placenteros los atardeceres, y en donde se respira un aire cálido y la noche se abre como una posibilidad a lo mágico, a lo desconocido.

No puedo negar que fui a Todos Santos con el propósito casi único de visitar el célebre Hotel California, porque, aunque es una leyenda urbana, quiero creer que es el mismo lugar que inspiró la famosa canción del legendario grupo de rock The Eagles. Don Felder (música), Don Henley y Glenn Frey (letra) comparten los créditos de la melodía que vio la luz en diciembre de 1976 y lleva el mismo título del álbum que en 1977 se llevaría el Grammy Award por el disco del año, "Hotel California".

Se trata de una de las canciones más exitosas en la historia del rock con millones de copias vendidas desde su lanzamiento. Estoy seguro que la gran mayoría de los lectores de *Ágora* la han escuchado en algún momento. Yo la recuerdo vivamente desde fines de los 70 y principios de los 80, cuando terminaba la preparatoria y empezaba a estudiar en la Facultad de Filosofía y Letras en la Universidad de Guadalajara. Confieso que en ese momento sabía muy poco inglés, pero me atrapaba el solo de guitarra eléctrica magistralmente ejecutado por Don Felder.

Cuando estaba en Todos Santos lo primero que hacía era preguntarle a la gente del lugar sobre el Hotel California. Según me contaron, un inmigrante chino apellidado Wong —de carácter muy emprendedor— lo inauguró en 1950 con 16 habitaciones; más tarde se agregarían una tienda de abarrotes y una gasolinera. Imagino al señor Wong como un personaje arrancado de la clásica novela de García Márquez, ya que fue el primero que llevó el hielo desde La Paz a Todos Santos. En el bar de su hotel se podía consumir una cerveza bien fría, lo cual caería muy bien para apaciguar el calorito de los recién llegados al pueblo. Alguno

nos de estos visitantes, seguramente la mayoría, provenían de los Estados Unidos, especialmente durante la "era hippie" (los sesenta y setenta) porque se decía que la marihuana se sembraba en forma abundante en las fértiles tierras del área.

Aquí podríamos establecer una conexión con el protagonista del relato que se cuenta en la canción, el hombre de la carretera que antes de llegar (supongamos) al Hotel California, percibe un olor en el ambiente emanado de "colitas". Dice la letra: "On a dark desert highway/ cool wind in my hair/ the warm smell of colitas/ rising up through the air..." [En un oscuro camino del desierto/ viento frío en el pelo/ el cálido olor de colitas/ elevándose en el aire...].

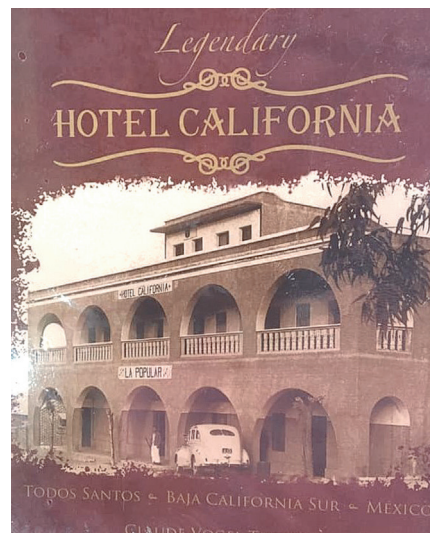
Pero en lo que más insistían mis informantes de Todos Santos era que una de las hijas del señor Wong se había suicidado en extrañas circunstancias en una de las habitaciones del hotel. De inmediato, hice el vínculo nuevamente con la historia que se cuenta en la canción. Recordarán ustedes que el forastero, agobiado por el cansancio, decide salir de la carretera para pasar la noche en un hotel. En el lobby es recibido por una mujer que le muestra el camino alumbrando con una vela; a lo lejos se escuchan las campanas de una iglesia (identificada como una Misión, supongamos que es la de Todos Santos que está prácticamente al lado del Hotel California). Escuchemos: "There she stood in the doorway/ I heard the Mission bell/ and I was thinking to myself/ this could heaven or this could be hell" [Allí estaba ella al pie de la entrada/ oí la campana de la Misión/ y yo pensaba/ esto podría ser el cielo o el infierno"].

Poco después, siguiendo el relato de la canción, suponemos que la misteriosa mujer le ofrece un licor especial al recién llegado. Sin embargo, pasa el tiempo y ella no regresa, por lo que el huésped busca a un mesero para exigirle su bebida. El mesero, con una voz que imagino helada, le contesta: "We haven't had that spirit here since 1969" ["No hemos tenido aquí ese licor desde 1969"]. Aunque no se establece con precisión el tiempo presente del relato, es obvio que han pasado años que ahí no se ofrece esa bebida. Los lugareños de Todos Santos me decían que el espíritu de una mujer se aparece en el hotel por las noches para invitarles vino a los visitantes. Sin duda, la hija del señor Wong.

Recuerdo que cuando entré al lobby del Hotel California de inmediato percibí una extraña energía, como si ingresara en una dimensión desconocida. Y en la penumbra creí ver a la mujer con una vela en la mano que me decía: "Bienvenido al Hotel California... Un lugar encantador... Puedes hacer *check-out* en cualquier momento, pero nunca te podrás ir...".



Salvador Velazco en el Hotel California, en mayo de este año.





VIÑETAS DE LA PROVINCIA

El pan nuestro de cada día

Don Manuel Sánchez Silva

(6 de junio de 1954)

Frente al costado norte de la catedral colimense, en el lugar donde ahora se encuentra un negocio de radios, estaba, allá por los años dieces, la famosa panadería de don Pioquinto, mago elaborador del mejor pan de la ciudad.

¡Oh!, los “bollos” de huevo, y aquellas semitas encaneladas, de superficie tersa y suavemente cóncava, que sugerían femeninas morbideces. Y aquellos “cuernos” esponjados, y los “enredos” tachonados de azúcar, y los “empanochados”, que más tenían de golosina que de alimento, de puro sabrosos.

Por aquella época la vida era dulce y buena, como en los versos de Alfonsina Storni. Colima discurría tranquila y amodorrada, sin sobresaltos ni estridencias. Don Carlos Calvillo se reía de sus paisanos a través de las ágiles columnas de *El Diablo Cojuelo*, pequeño periódico agresivo y burlón, que valía un centavo; don José Levy alternaba regañadas entre sus discípulos de violín y de francés; Bolaños repasaba las ganancias del día, tras el mostrador de su tienda de vejestorios; don Óscar Faist lucía su porte aristocrático montando a la inglesa –bota fuerte, acicate de botón, pantalón “breach”, casaca entallada, gazo en el cuello, bombín en la cabeza y fute en la mano–; y María Luisa Ponce, Rosa y María Schacht, Sofía Rincón, Paquita Oldenbourg, Zenaida Ramírez, Julia Barney y Luisa Faist, esmaltaban con su belleza el apacible paisaje provinciano, apenas turbado a veces por el paso raudo de la carretela del gobernador, tirada por briosos corceles difícilmente contenidos por un decorativo auriga de librea y corbatín.

La gente de ese tiempo se preocupaba menos y comía más: a las ocho el desayuno, a las once el almuerzo, a las dos la comida y a las ocho y media la cena. Entre estas dos últimas comidas, era frecuente intercalar la merienda: una taza de espumoso y aromático chocolate, sopeado con pan de don Pioquinto. Y la vida seguía su curso a un ritmo de cámara lenta.

La costumbre de merendar imponía la necesidad de hornear temprano buen pan. Desde las 4 de la tarde, en que la esquina mayor de Catedral empezaba a voltear sobre sus goznes inundando

el espacio de bronceas sonoridades, iniciaba la demanda de pan doméstico. Por las aceras enladrilladas se advertía el ir y venir de las sirvientas, canasta en mano y rebozo terciado, que peinadas de dos trenzas rematadas en moños de listón delataban a leguas su paso por el característico chanclear de sus bajos de gamuza.

–Don Pioquinto –urgía una compradora–, déme seis tostados, cuatro empanadas de coco, cuatro roscas de agua y una pieza de a real.

–Ándele, don Pioquinto –reclamaba otra, dándose importancia–, que ya van a dar la segunda para el rosario y la señora todavía no ha merendado. Déme seis bollos, cuatro enmantecados y dos semitas de a tostón, con ajonjolí encima. Que estén bien doraditas...

Y don Pioquinto se multiplicaba, gordo, sonrosado y bonachón, moviendo de un lado a otro su voluminosa persona enmandilada.

Por otros rumbos de la ciudad, la misma escena se repetía en las panaderías de barrio. Frente al jardín Núñez, en la esquina de la calle Hidalgo, la panadería El Pavo atraía la fama de los vecinos; por el templo de La Salud, la de El Águila Negra justificaba sus prestigios de elaborar el mejor pan “de aquel lado del río”; en la esquina formada por las calles Zaragoza y Álvaro Obregón, la panadería de Las Pérez aumentaba cada día su fama y su clientela; y más arriba, casi frente a la casa de don Pepe Ramos, doña Mónica la panadera, enteca, envinagrada y rezongona, se enorgullecía justamente de la calidad de su pan.

¿Dónde han quedado esos viejos prestigios? Ahora, para comer buen pan, hay que buscarlo en los pueblos. En Minatitlán se elabora un producto muy superior al de Colima. No se diga de Tecmán, donde se conserva y cultiva la tradición del buen pan colimense, que hiciera las delicias de un ayer reciente en que la vida era menos mecanizada y más llevadera, y la gente de entonces, como el pan que comían, tenía menos complicaciones y apariencias, pero más calidad.

* Periodista, escritor y fundador de Diario de Colima.†



Estaba, allá por los años dieces, la famosa panadería de don Pioquinto, mago elaborador del mejor pan de la ciudad. ¡Oh!, los “bollos” de huevo, y aquellas semitas encaneladas, de superficie tersa y suavemente cóncava, que sugerían femeninas morbideces. Y aquellos “cuernos” esponjados, y los “enredos” tachonados de azúcar.

Una especie de homenaje

Julio César Zamora

En el vasto imperio de la música, en especial en el reino del rock, siempre habrá algunas coincidencias armónicas. Como dijo el cantautor Ian Anderson, líder de la banda de rock Jethro Tull, “es difícil encontrar una secuencia de acordes que no haya sido usada, y que no haya sido el centro de un montón de piezas musicales”.

El magistral compositor, flautista y guitarrista escocés, hizo esta declaración hace ya varios años a propósito de su canción *We used to know* (del álbum *Stand Up*, grabado en 1969), en la que probablemente se inspiró el grupo Eagles para componer *Hotel California*, en 1976, por las similitudes en los acordes y la melodía, que en el caso de la banda californiana, fueron hechos por Don Felder (primera guitarra).

En los primeros años de los setenta, cuando Jethro Tull ya contaba con cinco discos, ambas agrupaciones compartieron gira en 1972, pero entonces los Eagles fueron teloneros de la banda británica. Ian Anderson narró en una entrevista a Songfacts (sitio web orientado a la música que tiene artículos sobre canciones), que no hubo mucha afinidad pero sí cordialidad durante las pruebas de sonido y en los conciertos.

“No nos relacionamos mucho porque ellos (Eagles) hacían un rock rural, relajado y educado, y nosotros estábamos un poco chiflados y éramos ingleses y hacíamos música rara”, dijo Anderson, explicando que en aquella gira interpretaron en vivo *We used to know* en todos los conciertos, “quizá tomaron inconscientemente algo, e introdujeron esa secuencia de acordes en su famosa canción *Hotel California*”.

Lo cierto es que Don Felder, de quien se dice plagió los acordes y su progresión armónica, ingresó a los Eagles dos años después, en 1974. Lo extraño es que al guitarrista no se le conoce ni media docena de éxitos similares, nunca tuvo otro hit como el de *Hotel California*, hasta se podría decir que es el único. Él mismo ha dicho cuando se la ha cuestionado al respecto que el tema fue “la cumbre de su vida, su mejor canción”. Como opinó el productor musical Julián Ruiz, si Felder hubiera deslumbrado con otras composiciones, “nadie tendría duda que se hubiera tratado de una coincidencia”. En cambio, los fans más radicales de Eagles consideran que sí fue mera casualidad, incluso, dicen que si acaso fue plagio, crearon una obra maestra que superó con creces a la original. ¿Será?

El título y letra de *Hotel California* han generado otra polémica, autoría de Don Henley y Glenn Frey, quienes entablaron una demanda contra los propietarios del verdadero *Hotel California*, situado en la población mexicana de Todos Santos, La Paz (Baja California), por lucrar con la canción que dicen ellos no tiene nada que ver con el inmueble, situación que terminó en un arreglo entre ambas partes. Los californianos niegan totalmente haberse inspirado o viajado a ese hotel, pero el mismo Julián Ruiz asegura que no muy lejos de ahí, todas las navidades, Don Henley y el manager Irwing Azooof pasaban sus vacaciones navideñas.

A medio siglo de la creación de Jethro Tull, *We used to know*, es fascinante también por el solo de guitarra de Martin Barre al final, y la combinación de ésta con la flauta mágica de Ian Anderson a la mitad de la canción. Además, la fusión de la melodía con la letra es exquisita, nostálgica, evocando la dureza de los tiempos pasados, que a veces vienen y van, pero entre ellos hay años fructíferos.

Cuando el líder de la banda británica escuchó *Hotel California*, no dudó de que se tratara de un posible plagio de su tema, mas nunca planteó interponer una demanda judicial, por el contrario, la sencillez y nobleza de Anderson es tan enorme como su habilidad musical, diciendo “Es la misma secuencia de acordes. Está en un tiempo diferente, diferente tonalidad, y es una muy, muy buena canción la que ellos escribieron, así que no puedo tener para ellos (Eagles) más que una sensación de felicidad. Y me siento halagado de que se toparan con esa secuencia de acordes”.

Y el remate es genial: “Ciertamente no hay amargura ni ningún sentido de plagio unido a mi opinión sobre esto, aunque a veces digo en broma que lo acepto como una especie de homenaje”.



El flautista Ian Anderson y el guitarrista Martin Barre a dueto.



La portada del disco *Stand Up*, de Jethro Tull, tenía la peculiaridad de que al abrir la carátula se levantaba un recorte con la imagen de los cuatro miembros del grupo, como algunas tarjetas de felicitaciones. Este álbum, en el que la tercera canción del lado B del vinilo es *We used to know*, fue de inmediato el número uno en las listas inglesas.



Viaje terapéutico

Leopoldo Barragán Maldonado

La vida es una cura constante, por feliz o infeliz que sea, normalmente pensamos en la posibilidad de curarnos. Sería bueno contabilizar las horas que pasamos buscando alguna ‘cura’ para prevenir o combatir cualquier achaque corporal, Kierkegaard decía que “vivir es estar enfermo”, si lo consideramos desde un punto de vista fisiológico tendría razón el filósofo danés, porque basta dejar de inhalar y exhalar unos momentos para cruzar el umbral de la muerte; pero también valdría la pena tomar nota del tiempo que invertimos pensando en cómo ‘curar’ los pensamientos y las emociones. Viajar es una cura emocional.

La felicidad o infelicidad no se encuentran en ninguna parte del cuerpo, el dicho “panza llena, corazón contento”, es sólo una manera coloquial de expresar relativa satisfacción mental, ni el hígado ni el estómago experimentan felicidad, pero sí dolor, siempre decimos “me duele el estómago”, nunca he escuchado “qué feliz está mi estómago”. Parece que casi todas las funciones del organismo tienden hacia el dolor y el sufrimiento, por algo Schopenhauer afirmó que “las nueve décimas partes de nuestra felicidad se fundan en la salud”.

¿En qué mundo o nivel de conciencia radica la felicidad o infelicidad?, ¿cuál es el sujeto portador de aquellos estados emocionales? Para los occidentales pudiera ser el “alma” o el “yo”, entidades cuestionables; para los orientales quizás la “mente” y los “pensamientos”. Podemos dudar del alma, ¿sucederá lo mismo con los pensamientos? Descartes evidenció la consistencia del *cogito*.

Se dice que cuando viajamos –durante largos o cortos trayectos– lo hacemos por motivos de placer o de negocios, pero las consecuencias de éstos pueden resultar buenas o malas; así que al lado del ‘viaje ético’ podemos colocar ‘el viaje terapéutico’. Viajar es realizar un ejercicio de higiene mental, y la asepsia siempre es buena. Certera es la observación que hace Alfonso Reyes en su trabajo *Trajectory de Goethe*, respecto a los periplos del poeta alemán en tierras italianas: “Todo viaje es un alivio moral. Pone tregua a las obligaciones habituales, a las costumbres que se han vuelto tiránicas, desarma el sistema de trabazones entre el individuo y el ambiente, permitiendo una cierta huelga biológica”.

Efectivamente, viajar es transmutar la rutina circunstancial en un ‘todo incluido’ espiritual; lo que Reyes llama “la metamorfosis” de Goethe, Rodolfo E. Modern en su obra *Historia de la literatura alemana*, la describe como el “vuelco estético y ético, que ahora sí, puede denominarse, con toda claridad, clasicismo”. Dicho lo anterior, ¿por qué no realizar una conversión, un ‘vuelco’ de la percepción tradicional de José Alfredo Jiménez? Tradición no significa petrificación. Es

necesario transitar del *homo faber* neolítico al *homo ludens* contemporáneo. ¿José Alfredo budista? ¡Sí, por qué no! En filosofía más que tallar y pulir los conceptos, debemos transformarlos.

El pasado 22 de noviembre aproveché la oferta del “todo incluido” espiritual para asistir al Décimo Festival dedicado al popular cantautor, permitiéndome exponer los rasgos budistas que se vislumbran en algunas de sus composiciones, tomando como base la “vía media” admitida por la mayoría de las escuelas budistas como el camino para lograr la felicidad al frenar el egoísmo y los placeres que turban el alma, así como los extremos de la autoindulgencia y la automortificación. El “sendero medio” que predicó el Buda, se concreta a ocho pasos: buenas creencias, buenas intenciones, buenas palabras (honestidad), buena conducta, buena vida (no dañar ningún ser vivo), buen esfuerzo (autocontrol), buen pensamiento y buena contemplación.

Descubro en la obra de José Alfredo ciertos matices que se aproximan a los contenidos éticos prescritos en la famosa “vía media”; por ejemplo: la recta aspiración “esta casa la compro con amor, pa’ que jueguen mis hijos con la luna, pa’ que jueguen mis hijos con el sol... yo los quiero mirar poco a poco crecer y alcanzar una nube”. La recta palabra: “te di palabra de hombre que hasta la tumba te amaba”. Recta conducta: “vente a vivir en mis brazos, yo te daré lo que quieras, yo voy a hacerme pedazos para que no te me mueras”. Recta vida: “yo no voy a matarme por nadie”. Recto esfuerzo: “Dios la puso de golpe en mi camino para darme la dicha prometida, y yo voy a llevarla paso a paso por el duro camino de la vida”. Recta mente: “Yo quiero que tu vida y que mi vida no se insulten”. Recta contemplación: “quién sabe Dios por qué te puso en mi camino”. No es analogía, sino deconstrucción del discurso.

El sexto paso requiere consideración especial, invita no sólo a la reflexión, sino a buscar la conexión ética con el islamismo cuando habla del esfuerzo (*yihad*). Pero sobre todo la idea del “mundo raro” se nos muestra como el lugar o nivel de conciencia en que las pasiones y miserias de la vida humana se han extinguido: “Di que vienes de allá... que no sabes llorar, que no entiendes de amor y que nunca has amado... les diré que llegué... que no sé del dolor... y que nunca he llorado”. ¿Será el mundo raro el nirvana del budismo? Recordemos la etimología: “ni” partícula negativa, “van” (desacuerdo) que significan “soplar”, “alentar”, “respirar”. Nirvana = “que no respira”, “extinguido”, es decir, el estado mental de anulación de las pasiones, de felicidad inconcebible en un mundo raro.



El sexto paso requiere consideración especial. invita no sólo a la reflexión, sino a buscar la conexión ética con el islamismo cuando habla del esfuerzo (yihad). Pero sobre todo la idea del “mundo raro” se nos muestra como el lugar o nivel de conciencia en que las pasiones y miserias de la vida humana se han extinguido.

A quinientos años de la llegada de los españoles a México. 1519-1521

V

La primera Vera Cruz

Ramón Moreno Rodríguez*

El domingo, o acaso el martes 30 de marzo de 1519, que en esto del día de la semana los cronistas no se ponen de acuerdo, Cortés y sus hombres llegaron a la isla que muchos años se llamó San Juan de Ulúa, y que todavía se llama así aunque hoy no sea ya una isla.

Antón de Alaminos había sido el piloto de las anteriores expediciones y en esta tercera ocasión volvió a conducir las naves. Por la experiencia adquirida sabía que aquel lugar era el más propicio para poder entrar en contacto con un misterioso emperador del que los aventureros previos a este viaje hablaban con gran admiración. Algunos se aferraban a la idea de que habían de vérselas con el Gran Kan de Catay o por lo menos con un poderoso marajá montado en inusitado elefante. ¿Cortés tenía las intenciones de someter a aquel desconocido monarca a la soberanía del emperador Carlos V? Por supuesto que no. Ignoraba, y aun tenía sus razones para poner en duda que aquel poderosísimo señor fuera el emperador de la China, pero fuese el que fuese, en la mente del metilense había tres proyectos, que en el mejor de los casos, podrían tener éxito los tres, pero con uno solo que alcanzaran, se daría por bien servido.

El menos difícil era fundar una colonia española en aquellas remotas costas. Lo segundo, establecer una ruta comercial para intercambiar productos con aquellos exóticos reinos, acaso se pudiera inaugurar una nueva Ruta de la Seda como aquella por la que había viajado muchos años antes Marco Polo, y que los otomanos habían cancelado; finalmente, en el colmo de la fortuna, deseaba asociarse con aquel emperador y someter a la corona de España —a manera de las parias que los reyes cristianos cobraban a los reyezuelos moros de Andalucía—, a los muchos reinos que al presente no tributaban a Moctezuma.

Pronto los embajadores del Huey Tlatoani de México se presentaron y como siempre sucedía, recibieron amigablemente a los extranjeros, los ayudaron y les dieron de comer. En los arenales fronteros a la isla se instalaron unas improvisadas techumbres de ramajes y ahí comieron por muchos días aquellos cientos y cientos de advenedizos. Pasado el tiempo y una vez regresados los mensajeros que llevaron los obsequios que Cortés le enviaba a Moctezuma, éste les mandó un perentorio mensaje: que ya había cumplido con la obligación de ayudar a los viajeros, que ahora se marcharan y llevaran a su rey ciertos obsequios que le mandaba. ¿Qué hacer, regresar a Cuba con las manos vacías?

Antes de continuar con esta narración es necesario recordarle al lector que toda la costa del Golfo estaba densamente poblada por innumerables monarquías indianas y que el mestizaje de razas y culturas era muy complejo. La población más cercana se llamaba Tlapamicxtila y se encontraba lejos de aquellos arenales. Cuertlaxtlan era el nombre de aquel reino y formaba parte del imperio mexicano, pero no siempre había sido así, antes debieron dominar aquella zona los tlaxcaltecas y antes de ellos los totonacas. De hecho, mucha de la población pertenecía a esta última cultura. En algún momento los mexicanos se apropiaron de la región y aunque para este año de 1519 ya habían pasado muchas décadas, más de un siglo, los totonacas no renunciaban al deseo de volver a dominar ahí. El reino más cercano de esta raza estaba más al norte, a uno 50 kilómetros,

su cabecera se llamaba Zempoala.

Cuando Cortés, dubitativo, tuvo que enfrentar la situación de tener que regresarse con sus cuentas de vidrio y sin los tesoros que ya soñaba o bien, fundar a las bravas una colonia en las tierras de Moctezuma, con las evidentes y funestas consecuencias, se presentaron unos embajadores de Xicomecóatl, tlatoani de Zempoala, para ofrecerle la ayuda que necesitaba y no sólo eso, aceptó el noble señor que los extranjeros fundaran en sus tierras totonacas la colonia que tanto deseaban.

La maniobra política del monarca costeño era evidente. Aliado a los extranjeros podría luchar con muy posible éxito y sacudirse el vasallaje a que lo obligaban los mexicanos, y quizá recuperar para su federación el sureño altépetl de Cuertlaxtlan.

Treinta kilómetros al norte de Zempoala se encontraba Quiahuiztlán, un altépetl confederado de Xicomecóatl, y que también pagaba tributo a los mexicanos. Ahí fueron los extranjeros a fundar la primera Villa Rica de la Vera Cruz, que tuvo un segundo y

hasta un tercero y definitivo asiento, el actual, frente a San Juan de Ulúa.

Las monarquías indianas (altépetl en singular, altepeme en plural) normalmente eran ciudades-estado físicamente constituidas en dos espacios. En un recinto reservado y seguro moraba la aristocracia y en un espacio llano y muy disperso el pueblo, junto a sus tierras de labor. De estos dos elementos se constituía Quiahuiztlán.

En las alturas de un cerro llamado en la actualidad Los Molcajetes, en un belvedere que se asoma a las risueñas playas de Laguna Verde, la aristocracia quiahuiztleca había fundado sus templos y palacios. Allá abajo, protegidas del fortísimo sol por una tupida selva, las chozas de los macehuals se sujetaban a los amos de arriba.

En estos llanos arenosos, casi al pie de la playa, los españoles fundaron su colonia. No fue su vocación de apego al pueblo lo que los llevó a construir sus casas de cal y canto junto a las chozas del pueblo bajo.

Una laguna, una ensenada y un farallón protegen aquel litoral. Y aunque las aguas son muy bajas e imposibilitaron a los barcos de Cortés aproximarse a la tierra, el peñasco sí era muy practicable (y aún lo es, pues los turistas suben a ver el espectáculo del mar rompiendo contra la roca): desde lo alto se podía otear y avistar con mucha anticipación posibles naos procedentes de Cuba. En lo llano también podían dominar, gracias a las cabalgaduras, en una hipotética batalla contra los indios; en lo alto, la ventaja sería para los naturales.

Tres casas moradas construyeron. De ellas no se conservan sino los cimientos, que la maleza oculta en cada temporada de lluvias. Los veraneantes que caminan en busca de las aguas marinas para darse un baño pasan sin verlas, sin darse cuenta de que ahí están esos ignominiosos restos de una brutal sujeción que duró trescientos años. Ni una señal, ni una cartela, ni un aviso. Quizá eso sea lo mejor. Que nadie vea, que nadie se dé cuenta.

*Doctor en literatura española. Imparte clases en la carrera de Letras Hispánicas en la UdeG, Cusur.

ramonmr@vivaldi.net



En estos llanos arenosos, casi al pie de la playa, los españoles fundaron su colonia. Tres casas moradas construyeron. De ellas no se conservan sino los cimientos, que la maleza oculta en cada temporada de lluvias.

DE LEJOS Y A MI ALREDEDOR

Otros dichos, pensamientos, versos y aforismos

Carlos Caco Ceballos Silva

INVIERNO 1996. La alegría desde el principio al fin, la encontré de nuevo en el corazón de una amiga. La única felicidad de que disfrutamos, proviene de lo que hemos dado. Sólo se es feliz, haciendo dichosos a los demás. Dios deseó la felicidad del mundo, por eso creó la amistad.

Para todos, jóvenes o ancianos, la vida es lucha, no un camino de rosas. Las palabras más bellas son las que dicta el corazón. Siempre bondad y cosecha amistad. El camino hacia la amistad es largo. Cristo nos dio un solo mandamiento, el del amor.

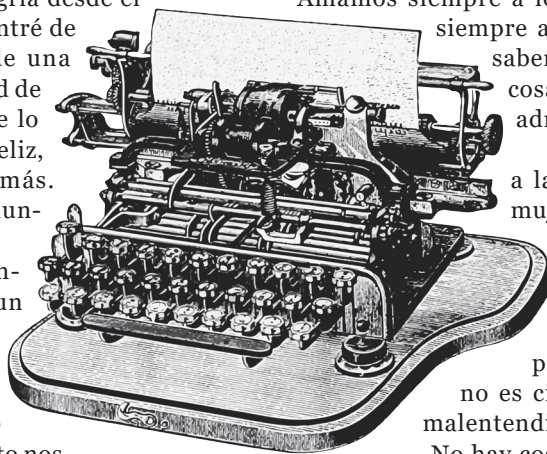
Las cualidades intelectuales hacen los rivales, las del corazón no hacen sino amigos. Nunca sabremos todo el bien que una sonrisa puede hacer. Ayudar a los demás, es una gran expresión de amor. Todos los razonamientos de los hombres, no valen un sentimiento de mujer.

Los mejores círculos no son los mayores, sino los mejor trazados; asimismo, la mejor vida no es la más larga, sino la más rica en buenas acciones. El prudente duda de lo suyo; el necio lo aplaude todo. Señor, tú que nos has colmado de dádivas, misericordiosamente concédeme algo más, un corazón agradecido.

Hay personas que reflejan en su rostro que pasaron por la vida, y otras, que la vida pasó por ellas. Amor... Cuando me ames, verás que no hay razón para amarme. Creer en la victoria, es ya tenerla ganada a medias. El tonto tiene sobre el hombre de genio una gran ventaja: la de que siempre está satisfecho de sí mismo.

Hace falta más sensibilidad para gozar de la bondad, que de la malicia. Las decisiones extremas son la tentación de los indecisos. La abnegación no tiene todo su valor sino cuando es ignorada, o hay testigo para aplaudirla. No basta con tener las manos limpias, hay que tener limpio también el corazón.

La verdadera dicha tiene tanto de sacrificio como de alegría. El consejo rara vez es bien recibido, porque el que más lo necesita, es el que menos lo desea.



Amamos siempre a los que nos admiran, pero no siempre a los que admiramos. Los que saben mucho, se admiran de pocas cosas, y los que no saben nada, se admiran de todo.

La abnegación ennoblece aun a las personas más vulgares. La mujer que ama, teme siempre no ser amada; la que no ama, presume siempre de que lo es. Se dice muchas veces que una pelea entre amigos es el producto de un malentendido; no es cierto, es la liquidación de un malentendido.

No hay cosa más bella, que la alegría en un semblante viejo. Cuando pedimos consejo, lo que esperamos a menudo es más bien aprobación. Compra siempre lo necesario, no lo conveniente; lo innecesario aunque cueste sólo un céntimo, es caro.

La mujer no se mira para verse, sino para saber cómo es vista. Una de las ventajas del matrimonio es que no se puede cometer esa estupidez sin que nadie se entere. Los aperitivos y botanas son cosas inventadas para despertar el apetito... pero como nos sirven en gran cantidad acaban con él.

La Biblia nos manda amar a nuestros vecinos, agregando que amemos a nuestros enemigos. Ambos mandatos están juntos, porque casi siempre vecino y enemigo son la misma persona. El caníbal es un asesino que tiene una excusa: comer. La confesión es magnífica para la tranquilidad de su alma, pero malísima para el propio acusado.

Una crisis es una depresión que abrimos a fuerza de prosperidad... Un hombre que nunca ha ido a la escuela es capaz de robarse un bulto de un carro de carga; pero si tiene instrucción universitaria es capaz de robarse todo el ferrocarril. Lo que el país necesita es que cada peso valga un dólar, así de sencillo...

Agradezco a la señora Amakro de Alexander su estimable colaboración al mandarme la mayoría de los pensamientos anotados en esta publicación.

* Empresario, historiador y narrador. †

Salve

José Carlos C. Juárez

Esperé por ti en aquel pasillo de tambores,
esperé sentado en una banca temblorosa
a mitad de un río de voces

-y no estabas-
y cuatro muros me rodearon
donde confluye la sangre.

Te busqué al final del cordón hasta tu ombligo,
grité tu nombre hasta vaciar la voz del cuerpo,
pero tu oído fue ciego
y sordos fueron tus ojos.

Son mis vísceras un cúmulo de ramas encendidas
donde brota la poesía.

Maldita la palabra
que de tan cierta me rompe el mundo,
me rompe el viento que no es más tuyo,
me hace agujeros en la carne
y entra como larva la letra
que en la piel me escarba.

Ya no me formas con la llaga de tu espalda
ya no me formas con el lodo de tu carne,
ya no me forman las cenizas de tu fuego infecundo.

Fui extinguiendo tu flama en cada esquina
con las gotas de sangre que mi voz derrama.

Si de mi costilla se ha engendrado la muerte,
también en mi vientre se gestará la vida.